

Nombre: Irma M. González Pérez
Categoría:3

Seudónimo: Colibrí
3er lugar

Título: *Nos roban la tierra, pero no los sueños*

Cierto día de agosto, Amaia fue a su primer día de clases en quinto grado. Con el sonido del timbre de las tres de la tarde, Amaia guardó sus libros y caminó hacia la salida. Como era costumbre, la esperaba su abuelita Ana en el portón de la escuela para caminar juntas hasta la casa. En el camino, Amaia le contó a su abuelita sobre su nueva maestra, el reencuentro con sus amiguitos y todas las actividades que había hecho en el día. Abuelita Ana escuchaba atenta mientras la miraba con emoción. Al llegar a la casa, sorprendió a Amaia con su plato de comida favorito que le había preparado durante el día para celebrar el primer día de clases. Un rato más tarde llegó María, la mamá de Amaia, y preguntó por la abuela. Amaia, que revisaba sus asignaciones, le dijo que la abuela se había ido a su cuarto luego de comer.

Cuando María fue al cuarto, encontró a la abuelita Ana, llorando mientras miraba por la ventana. Se preocupó mucho y corrió hacia ella. “¿Qué te pasa, mami?” – dijo María. Abuelita Ana no era capaz de verbalizar lo que sentía en ese momento. María la abrazó hasta que finalmente abuelita Ana le contó. “Mildred, la vecina que vive dos calles más arriba, se muda. Se nos va del barrio, y no porque quiera, sino porque no tiene opción.” – dijo abuelita Ana. Mildred era la cabeza de la familia, pero con ella se iban sus tres hijas, con sus siete nietas y tres perritos. María quedó muy sorprendida, pues conoce a Mildred desde que tiene memoria. No podía creer que se mudaran sus vecinos de toda la vida, con los que había crecido y a quienes consideraba familia. “Algo tenemos que hacer, mami. Es nuestra gente. Se trata de su hogar, su vida entera.” – dijo María. Abuelita Ana le aseguró que no había nada que hacer. “Ellos mandan, mi hija, aun en nuestra tierra, ellos mandan.” – dijo abuelita Ana.

Detrás de aquella puerta de madera entreabierta, miraba y escuchaba con atención la pequeña Amaia. Fue pasando el tiempo y cada vez eran más despedidas. La historia de Mildred siguió repitiéndose entre los vecinos del barrio. La esencia del lugar había cambiado. Ya no era el barrio donde tantas generaciones habían crecido. Dejó de verse a los niños jugar en las calles y a los adultos, compartir el café de la tarde desde el balcón.

Años más tarde, Amaia comenzaba su duodécimo grado y, como era costumbre, allí estuvo abuelita Ana a la salida. ¡Qué afortunada soy de tenerte, abuelita Ana! – dijo Amaia, mientras la abrazaba. El camino que antes les tomaba diez minutos, cada vez se hacía más largo y pesado para la abuela. A pesar de que Abuelita Ana ya estaba muy mayor, hacía su mayor esfuerzo cada primer día de clases para esperar a su nieta en el portón de la escuela y charlar de regreso a la casa.

Durante el camino, Amaia le contó a la abuela que la consejera escolar organizó una charla de orientación sobre carreras universitarias. Abuelita Ana no podía creer cómo el tiempo había pasado tan rápido. Su pequeña nieta estaba próxima a graduarse de la escuela. Ella no podía evitar sentir orgullo y emoción por todas las oportunidades que tenía Amaia. Era todo aquello que la abuela Ana siempre había soñado, pero que nunca fue posible.

“¿Qué debo estudiar, abuelita Ana?” – dijo Amaia. Cada vez quedaba menos tiempo para solicitar a la universidad, pero Amaia aún no se decidía. Su abuela, que siempre había sido un referente en su vida y en sus decisiones, tuvo una respuesta inmediata. “Mi niña, hay

respuestas que solo tienes tú y esta es una de ellas. Lo que estudies hoy no te limita a lo que serás mañana. Estudiar te construye, te forma y te moldea para aquello que tú decidas hacer en la vida. Eso sí, procura hacer lo que te haga feliz, pero recuerda que eso solo lo sabrá el corazón.” – respondió la abuela. Esas palabras resonaron en Amaia, quien luego de evaluar sus intereses y posibilidades, finalmente se decidió y solicitó al programa de sus sueños.

Cada día, al llegar de la escuela, Amaia revisaba el correo con la ilusión de recibir su carta de aceptación. Una tarde de febrero, recibieron una carta. Para sorpresa de todas, no era la carta de aceptación. Abuelita Ana tomó rápidamente la carta, la leyó y, sin decir una palabra, se fue a su cuarto. María y Amaia fueron tras ella. “¿De quién es la carta? ¿Qué dice?” – dijo Amaia. “Tarde o temprano nos tocaría a nosotras. Tenemos treinta días para irnos de aquí.” – respondió la abuela.

María le preguntó si había algo que pudieran hacer para evitarlo, pero la abuela le aseguró que no. Amaia no podía creer lo que escuchaba. “Algo tenemos que hacer, abuela. Nos roban nuestras tierras, nos roban Puerto Rico. Alguien tiene que ayudarnos.” – dijo Amaia. La abuela, entre lágrimas, le respondió que no tenían el dinero para pedir ayuda y que solo eran tres mujeres en un mundo liderado por hombres. La abuela Ana estaba tan triste que nunca más salió de su cama.

Una tarde, Amaia regresó de la escuela y encontró la carta de aceptación de la universidad. Emocionada, corrió hacia el cuarto de la abuela para sorprenderla, pero no la encontró. Inmediatamente, Amaia llamó a su mamá para preguntarle si sabía algo de ella. “Abuela Ana está muy enferma. Debes venir al hospital para despedirte.” – dijo María. Amaia se preocupó mucho y, sin pensarlo dos veces, le pidió a la vecina que la llevara al hospital.

Al llegar, Amaia corrió hasta los brazos de la abuela y, con mucho sentimiento, le pedía que no se fuera todavía. “Escúchenme. No sé cuánto tiempo me quede. Reuní dinero suficiente para que se vayan a Estados Unidos y puedan comenzar una vida allá. Aquí ya no les queda nada; ni nuestra casita, ni la posibilidad de tener una.” – dijo abuelita Ana. Amaia se negó. “No me voy, abuela. Acabo de recibir la carta de aceptación de la universidad. Ya nos roban nuestras tierras y nuestra gente, no me pueden robar mis sueños.” – replicó Amaia.

Abuelita Ana se emocionó mucho con la noticia, pero insistía en que lo mejor era que se fueran de Puerto Rico. “¿Recuerdas cuando me dijiste que hiciera lo que me haga feliz? Voy a estudiar para defender el hogar que tú construiste con sacrificio y esfuerzo. Yo me quedo para defender a nuestra gente y a familias como la nuestra, porque Puerto Rico es tuyo y es mío, Puerto Rico es de los puertorriqueños.” La abuela sonrió y cerró sus ojos, con la confianza y la certeza de que su nieta lo lograría.

Años más tarde, Amaia se convirtió en la primera abogada de la familia y encabezó titulares por su lucha activa contra la gentrificación en Puerto Rico. Además, fungía como mediadora en disputas y conflictos. Así ayudó a muchas personas, logrando términos y condiciones con las que todas las partes estuvieran de acuerdo. De este modo, resolvía conflictos de una manera distinta, evitando que las personas tuvieran que ser parte de procesos judiciales más complicados y extensos. Amaia era fiel creyente de que las personas se entienden al hablar, pero sobre todo al escuchar.

Su arduo trabajo le permitió comprar la casita donde creció junto a su mamá y su abuela Ana. Para Amaia era muy importante cumplir con las promesas que hizo al despedirse de la abuela y le hacía especial ilusión asegurarle a su mamá un techo propio y seguro. Eso era lo que soñaba para cada uno de sus clientes, a quienes trataba con respeto y empatía. Haberlo vivido desde pequeña y conocer las dificultades de primera mano, hacían que Amaia luchara a diario. Al final, como hubiese dicho abuelita Ana, Amaia encontró lo que la hacía feliz.

Aun así, para ella era evidente que el problema no estaba resuelto. Amaia reconocía que el asunto de la gentrificación en Puerto Rico tenía que abordarse de otra manera. Su esfuerzo no era suficiente, ya que requería acción del Estado. “Al gigante de la gentrificación se le ataca con políticas públicas. Necesitamos desarrollos comunitarios sostenibles, acceso a la vivienda y a la justicia.” – repetía Amaia al final de cada ponencia.